Primera Edición: Mayo de 1993
Tiraje: 2,000 ejemplares
Editado por: "Ediciones ALTERNATIVA"
San Salvador, 22 de mayo de 1993

DEL VIRAJE A LA POST GUERRA

Informe del C.C. del P.C.S. al VIII Congreso

INDICE

PRESENTACION 7

ANTECEDENTES 9

I.- EL VII CONGRESO Y EL VIRAJE HACIA LA LUCHA ARMADA 11

II.- EL PARTIDO Y LA GUERRA REVOLUCIONARIA 17

III.- ACIERTOS Y DIFICULTADES EN LA CONCENTRACION Y DESCONCENTRACION DE FUERZAS 29

IV.- LA DERROTA DE LA OPERACION FENIX EN GUAZAPA 37

V.- PREPARACION DE LA CONTRAOFENSIVA ESTRATEGICA 41

VI.- EL PCS EN EL DESENLACE NEGOCIADO DE LA GUERRA 49

VII.- EL PCS EN LA POST-GUERRA 53

PRESENTACION

En las consideraciones para participar en las elecciones presidenciales de 1977, el Partido Comunista de El Salvador, PCS, tomó en cuenta, como uno de los cursos probables del devenir, la confrontación con los sectores más recalcitrantes de la dictadura militar de un modo más directo. Sin embargo, jamás se previó que ello supondría una guerra. "Si la dictadura no respeta la voluntad popular... ¡nos damos en la madre!", se decía en medio de aquella campaña electoral.

¿Significó "darse en la madre" los doce años de guerra?

Después de aquella campaña electoral, del fraude y de la masacre cometida por el ejército el 28 de febrero de 1977, el Comité Central del PCS decidió dar un viraje hacia la lucha armada y ya no hubo más tiempo para pausas. El VII Congreso del PCS, realizado en Marzo de 1979, confirmó ese viraje, pero fue la guerra la que lo consumó no sin pocas dificultades.

A todo eso se refiere el Informe del CC del PCS al VIII Congreso de los comunistas, presentado a la Plenaria el 4 en Marzo de 1993,

catorce años después. Un informe incompleto, difícil de presentar en palabras y que confunde, como la vida confundió, la historia de la guerra o retazos de ella, con las decisiones que en el curso de ese proceso fueron tomadas por la dirección del Partido Comunista, como parte integrante del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional.

Vale la pena reconstruir la historia, aportar piezas a ese rompecabezas que ha sido y sigue siendo el proceso revolucionario salvadoreño. Sirva la divulgación de este Informe a esa finalidad.

Los Editores

ANTECEDENTES

El presente informe del Comité Central (CC), abarca los acontecimientos ocurridos en la vida del Partido Comunista de El Salvador (PCS) luego del VII Congreso, su participación en 12 años de Guerra Popular Revolucionaria y en el actual proceso de ejecución de los históricos acuerdos de paz que marcaron el desenlace de ésta.

La intensidad y variedad de los hechos transcurridos en todo este período, hace difícil una relación exhaustiva de todos y cada uno de los aspectos en los cuales el PCS tuvo participación. Sin embargo, esta es la oportunidad en que todo el Partido, a través de los Delegados asistentes a este VIII Congreso, haga un examen de la conducta asumida en los diversos terrenos del enfrentamiento con los enemigos de la revolución en este período tan trascendental para la historia de El Salvador.

En 1979, llegamos al VII Congreso con toda la convicción de que debíamos prepararnos para ponernos a la altura de las demandas que el proceso de la revolución en nuestro país estaba planteando. Veníamos de una larga trayectoria en la cual el PCS había experimentado con diversas formas de lucha para acceder al poder. En este contexto, el Partido tomó participación decidida en la construcción y conducción del movimiento gremial, sindical, universitario y campesino. Nuestro Partido participó activamente en las luchas anti- dictatoriales que llevaron a la caída de los regímenes de

Hernández Martínez y Lemus, coincidiendo en estas ocasiones con el torrente de las fuerzas democráticas. En los años sesentas, desplegamos los primeros esfuerzos, después de la derrota de 1932, para iniciar las acciones armadas al servicio de una clara política de lucha por el poder. En esa misma década, y en el transcurso de la siguiente, el PCS se involucró activamente en las luchas electorales que llevaron a su agotamiento al modelo político de la dictadura militar hasta entonces vigente.

Nuestra participación electoral, al lado de importantes sectores democráticos, se produjo en el marco del inicio y despliegue de la lucha armada por otras organizaciones revolucionarias y en medio de una fuerte polémica con éstas alrededor de las formas de lucha para la toma revolucionaria del poder.

No obstante esa polémica, el hecho objetivo es que la lucha armada, las acciones populares que se multiplicaban a lo largo del país hasta confluir en la creación de un poderoso movimiento de masas a mediados de los años setenta, y las grandes movilizaciones populares propiciadas por la lucha electoral, y, más concretamente, las victorias electorales de 1972 y 1977, convergieron volviendo históricamente insostenible ese modelo político de la dictadura militar y aceleraron la maduración de la crisis política, que estallaría hacia finales de los setenta.

I.- EL VII CONGRESO Y EL VIRAJE HACIA LA LUCHA ARMADA

Después de las protestas violentas de febrero de 1977, impulsadas por el PC en defensa de la victoria electoral, y del pleno del CC en abril de ese año, en que se decidiera realizar el viraje hacia la lucha armada, transcurrieron dos años de intenso debate interno antes de que el VII Congreso, celebrado en abril de 1979, reafirmara la decisión del viraje.

A esas alturas, la lucha armada venía desarrollándose de forma creciente, impulsada por otras organizaciones revolucionarias, ante el cierre, cada vez mayor, por parte de la dictadura de espacios para otras formas de lucha y la profundización de la represión.

La incorporación del Partido a la lucha armada formaba parte de una respuesta más integral a los problemas fundamentales de la revolución. El Congreso dotó al PC de la necesaria fundamentación y proyección histórica, dejando claramente establecido el carácter democrático y antimperialista de esta primera etapa de la revolución con rumbo al socialismo y, en correspondencia con ello, precisó las tareas principales de la misma. Resolvió el viejo y falso dilema teórico de la izquierda revolucionaria, de contraponer la revolución democrática a la revolución socialista como si se tratara de dos revoluciones completamente separadas. El séptimo congreso de nuestro partido, aunque no logró percibir que nos encontrábamos en vísperas de la entrada a la guerra propiamente, abordó el problema

de la vía de la revolución reafirmando la tesis general de que había que combinar todas las formas de lucha. Aunque de manera insuficiente, identificó a las fuerzas sociales interesadas en llevar adelante la revolucion democrática; trazó los rasgos principales de la política de alianzas y los del enemigo principal de la revolucion y se pronunció, anticipadamente, por la unidad revolucionaria.

El viraje acordado era integral y ponía el acento en la solución del problema del poder. Sólo faltaba que el Partido adoptara una conducta política práctica, en concordancia con esas decisiones, trazándose, así, la consigna de construir un partido en guerra lo cual demostraba la determinación de consumar nuestra incorporación plena a la lucha armada.

El triunfo de la Revolución Popular Sandinista en Nicaragua, el 19 de julio de 1979 confirmó, en lo fundamental, las líneas trazadas en el Congreso. En particular, le dio un impulso grande a la línea de la unidad de la izquierda, adoptada por el PCS en el VII Congreso, guiado por la verdad, refrendada por las experiencias revolucionarias mundiales pasadas y recientes, de que para resolver bien el problema de la vanguardia es absolutamente necesario resolver bien el problema de la unidad de la izquierda.

El Golpe de Estado de octubre de 1979

En el marco de una profunda crisis de la dictadura militar caracterizada, entre otras cuestiones, por un aislamiento interno y externo cada vez más pronunciado y por el fracaso de sus esfuerzos por contener la lucha popular, el gobierno del General Romero intentó construirse una base de apoyo social convocando a diversos sectores del país a formar el llamado Foro Nacional. El PCS, junto a otras organizaciones revolucionarias y partidos políticos de oposición, organizaciones gremiales e instituciones, constituyeron el Foro Popular, saliéndole, así, al paso a la maniobra gubernamental.

El 15 de octubre de 1979, se produjo el golpe de Estado contra el Gobierno del General Carlos Humberto Romero y el Foro Popular pasó a integrarse al primer gobierno surgido de ese golpe. De esta forma, el PCS participó en el mismo a pesar de que en el informe del Comité Central al VII Congreso se advertía del riesgo y costos políticos que acarrearía a la revolución y al partido la participación en una maniobra de apariencias democráticas, urdida por los enemigos de la revolución, para impedir el triunfo revolucionario en nuestro país. Era claro que participar en una maniobra de tal naturaleza, ponía en riesgo la unidad de la izquierda, la línea recién acordada por el Congreso y, en general, las perspectivas de la revolución misma.

Sin embargo, la participación de militares democráticos en el golpe, que estimularon la incorporación en el gobierno de las organizaciones del Foro Popular como de otros sectores igual que de personalidades progresistas. Ello, más la entonces recién aprobada política de alianzas en el VII Congreso motivaron la decisión de la Comisión Política del PCS de participar en ese gobierno para contribuir, en lo posible, -al esfuerzo democratizador.

Ese grupo de militares, en su mayoría de baja graduación, tenía evidentemente, motivaciones patrióticas y sin conexiones con los principales componentes de la estructura de poder entonces existentes. Por tales razones, sus propósitos democratizadores eran coincidentes con los de las fuerzas aglutinadas dentro del Foro Popular. De aquí, que los acuerdos alcanzados con aquellos jóvenes militares, presentaban la perspectiva de posibilitar profundas reformas institucionales.

Sin embargo, los objetivos del golpe fueron rápidamente frustrados por los sectores más oscurantistas de la oligarquía y de la Fuerza Armada, quienes no vacilaron en aplastar a sus propios militares con pensamiento democrático y neutralizar toda posibilidad de acción de la primera Junta de Gobierno que se proponía impulsar una serie de reformas económicas y sociales.

Ante esa situación, la Comisión Política valoró que no se podía continuar apoyando un gobierno - que en realidad no gobernaba- y se adoptó la línea de organizar la crisis en el gobierno para acelerar el retiro del mismo de las otras fuerzas y personalidades progresistas que participaban en él. La decisión del retiro, que fuera necesaria y oportuna, contribuyó a aislar a la dictadura; a evidenciar el carácter contrainsurgente de la segunda junta de gobierno que se estableció posteriormente, como resultado de un pacto entre los sectores derechistas de la Fuerza Armada y la Democracia Cristiana; y a allanar el camino para la unidad de las organizaciones revolucionarias y democráticas, generándose, de esta manera, una nueva coyuntura política.

Mientras tanto, en las calles ascendía vertiginosamente la ola de masas. La respuesta de la dictadura militar fue multiplicar e intensificar sus acciones represivas y matanzas, como táctica para contener la amenaza de la revolución, encabezada separadamente, por las distintas organizaciones de izquierda revolucionaria, incluyendo, por supuesto, al PCS.

El proceso de Unidad de la Izquierda Revolucionaria

La decisión del PCS de retirarse de la primera Junta, de proceder consecuentemente con la decisión de adoptar la lucha armada y, en general, con la lucha por la revolución, contribuyó a que se produjera el 17 de diciembre de 1979, el primer acuerdo de unidad entre tres organizaciones de izquierda revolucionaria (FPL, RN y PCS), que dio origen a la Coordinadora Político-Militar, (CPM) y, sobre esa base, se pasó a la creación de la Coordinara Revolucionaria de Masas, (CRM), integrada por todas las organizaciones de masas de la izquierda, que se dio a conocer públicamente el 11 de enero de 1980. Esta convocó a la grandiosa manifestación del 22 de enero de ese mismo año, con-

memorativa del 48 aniversario de la insurrección de 1932.

Así, en la cresta de la ola revolucionaria se inició, a pasos acelerados, el proceso de unidad de la izquierda, con una importante contribución del PCS. Esos primeros pasos unitarios, le dieron un poderoso impulso a la energía revolucionaria que se había venido acumulando a lo largo de la década anterior y, por tanto, al proceso de lucha por la revolución. A aquellos primeros pasos, le siguieron otros a lo largo de 1980, jalonados por la vertiginosidad de los acontecimientos, que culminaron el 10 de octubre de ese año con la fundación del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN). En el mes de mayo ya se había incorporado a la CPM el ERP y el PRTC ingresó en diciembre.

Aunque en abril de ese año la izquierda dio a conocer a la nación, a nombre del Frente Democrático Revolucionario, (FDR), la plataforma del Gobierno Democrático Revolucionario que, en esencia, era un planteamiento de poder adecuado al momento histórico de maduración de la situación revolucionaria que se estaba viviendo, es necesario subrayar que los pasos dados en el proceso de avance de la unidad no siempre respondieron a una orientación de poder, a pesar de que la posibilidad real de su solución estuvo presente desde finales de 1979 hasta mediados de 1980.

En la no solución, favorable a la revolución, del problema del poder, jugó un papel preponderante la debilidad de la unidad de las organizaciones revolucionarias y las diferencias de concepción existentes en su interior.

La creación de las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL)

A partir del pleno del Comité Central de abril de 1977, y más concretamente, en 1978, el PCS se encaminó a desarrollar los preparativos para concretar su incorporación a la lucha armada,

emprendiendo la capacitación militar, tanto en el interior como en el exterior del país, de muchos miembros del partido e impulsando diversas actividades de autodefensa armada y de otros tipos, dentro de las cuales cabe hacer referencia especial a los Grupos de Acción Revolucionaria (GAR).

Con la reafirmación de la incorporación a la lucha armada emanada del VII Congreso los preparativos se aceleraron. En este sentido, se acordó el envío de un contingente de compañeros a hacer su experiencia combativa en Nicaragua, en momentos en los cuales el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) preparaba las acciones definitivas en contra de la dictadura de Somoza.

En este mismo proceso, se fueron construyendo las primeras unidades armadas urbanas y rurales organizándose su armamentización y cualificación en el enfrentamiento con el enemigo.

El viraje del PCS a la lucha armada, quedó consumado plenamente cuando el 24 de marzo de 1980, el mismo día del asesinato de Monseñor Oscar Arnulfo Romero, se anunció la fundación de las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL).

En esas condiciones, el Partido procedió a readecuar su pensamiento, sus estructuras y organismos para responder a las exigencias de la situación de guerra en la que habíamos entrado. Junto con la decisión de crear las FAL, también se integró su correspondiente Estado Mayor, sustituyendo a la Comisión Militar que formalmente existía desde los años sesenta pero que, de hecho, no llegó a funcionar; se procedió a resolver el financiamiento necesario para asegurar la readecuación y se fusionó en un cuerpo único al Partido y a la Juventud Comunista, dejando a ésta en suspenso y colocando a ambos bajo una sola dirección.

II.- EL PARTIDO Y LA GUERRA REVOLUCIONARIA

La Ofensiva de Enero de 1981

La contraofensiva lanzada por la dictadura, bajo la cobertura política del Partido Demócrata Cristiano, contra el movimiento popular y las fuerzas revolucionarias, basada al mismo tiempo, en el terror más sanguinario y en reformas estructurales, con el propósito de bloquear la revolución, precipitó la transición hacia el despliegue de la guerra revolucionaria propiamente tal, que estalló en enero de 1981 con la llamada "ofensiva final" lanzada por el FMLN.

El poderoso movimiento popular de las ciudades se deprimió, no sólo en primer lugar por el insuficiente nivel de unidad de la izquierda entonces existente, como por la brutal represión desatada por la dictadura, y por el cansancio, debido a la desinserción en que quedaron miles de personas al lanzarse, una y otra vez, a la pelea sin que llegara la victoria revolucionaria a definir el problema del poder; por ello la decisión del FMLN de lanzar la "ofensiva final", fue un acierto, puesto que así se le dio continuidad al esfuerzo revolucionario: no hubo derrota de la revolución, se transformó gran parte de la avalancha social de los años anteriores en ejército revolucionario. El escenario de la revolución se trasladó al campo, sin que la guerra adquiriera carácter agrario ni campesino a pesar de la gran cantidad de campesinos que se incorporaron a la guerra; se le cerró a la dictadura

la posibilidad de darle salida a la larga crisis estructural y de bloquear la situación revolucionaria.

Concepción de la Lucha Armada del PCS

El VII Congreso adoptó la lucha armada, como vía de la revolución, en base a un enfoque insurreccional. La tesis suscrita en el VII Congreso, decía: "la vía más probable de la revolución en nuestro país será la conquista del poder por medio de la lucha armada...", y agregaba: " nuestro Partido considera que la insurrección armada popular ha de ser la forma principal de la vía armada de la revolución en nuestro país".

Se planteó que todas las demás formas de la lucha armada, lo mismo que la multiforme acción no armada de las masas trabajadoras, debían combinarse y coordinarse con la insurrección.

Aunque fue un acierto del Congreso prever la maduración de la situación revolucionaria, cuyo estallido se produjo hacia finales de 1979 y principios de 1980, el Partido no logró captar correctamente las señales de la vida que indicaban que nos encontrábamos en tránsito hacia la guerra propiamente tal.

Es cierto que la insurrección es expresión de violencia revolucionaria, pero el hecho es que el Congreso no alcanzó a percibir el fenómeno de la guerra revolucionaria como distinto al de la guerra civil. El Congreso minimizó la guerra y la concibió como posible sólo después de haber tomado el poder para defenderlo.

Esto es lo que explica el hecho de que las diferentes categorías de fuerzas de las FAL nacieron con la guerra, como respuesta a las exigencias de la guerra y no solamente a las de la insurrección. La vida estaba indicando que la lucha armada se había impuesto como la forma de lucha principal.

Pese a ello, el enfoque insurreccional siguió presente, no solo en el pensamiento del Partido, sino en todo el FMLN, por unos años más. El lanzamiento de la ofensiva del 10 de enero de 1981 estuvo dominada por la idea estratégica de desatar la insurrección, para obtener una victoria fulminante y rápida, mediante las acciones armadas, debido a que se creía que una guerra revolucionaria larga en el país no era viable.

En marzo de 1982, cuando emprendimos otro gran esfuerzo estratégico alrededor de las elecciones, lo hicimos con el mismo diseño estratégico de desatar la insurrección a partir de la ofensiva militar:

1.- Por segunda vez, al igual que el 10 de enero de 1981, no se produjo la insurrección. Según nuestro juicio, el por qué ésta no se produjera habría que ser analizado a la luz de los siguientes factores:

a) La ratificación y cambio de la política externa de Estados Unidos.

b) Falta de experiencia técnica de un ejército guerrillero que soportara ese momento coyuntural.

c) Demasiada expectativa y poca participación de las masas ante la desenfrenada y brutal agresión enemiga.

2.- En la medida que la guerra se iba desarrollando el estado fue adquiriendo nuevas discusiones contrainsurgentes; creció vertiginosamente el número de efectivos militares, aparecieron muchas nuevas unidades -desde brigadas hasta fuerzas especiales- dentro de la FAES, se dotó a los cuerpos de seguridad de grandes recursos materiales y estos se convirtieron en un inmenso aparato policíaco de control y represión poblacional, se desarrolló también la inteligencia militar y el ejército pasó a su vez a desarrollar actividades de seguridad

pública. Esta nueva y poderosa maquinaria de guerra del Estado contrainsurgente impidió, mediante el terror, el desencadenamiento de las potencialidades revolucionarias de las masas y dejó abierta sólo la vía de la guerra revolucionaria.

Cuando no se produjo la insurrección ni hubo victoria ni derrota de la revolución, se abrió un largo debate en el Partido y en la Comandancia General del FMLN que concluyó en que habíamos entrado a la etapa del equilibrio estratégico de la guerra propiamente tal, y que, por tanto, había que elaborar la estrategia y los planes correspondientes.

Durante el período de vigencia de la orientación estratégica de "resistir, desarrollarnos y avanzar" de enero de 1981 a junio de 1982, el Partido tuvo que resolver, en lo fundamental y sobre la marcha, unas limitaciones que en cierto modo lo colocaban en desventaja en relación a las otras organizaciones revolucionarias, tales como la falta de experiencia combativa, la sicología de la vida urbana de la mayoría de cuadros y combatientes, el bajo nivel de dotación de armas, la inestabilidad de los asentamientos de nuestros agrupamientos guerrilleros, la organización de la red de abastecimientos logísticos.

Conducción y Funcionamiento del Partido

La necesaria estructuración del partido en tres agrupamientos, obligó al Comité Central a dispersarse y organizarse en núcleos conforme a las necesidades, para asegurar la conducción del Partido globalmente.

Hubo que tomar medidas para integrar y cohesionar el funcionamiento de esos tres agrupamientos bajo una sola cabeza y en función de la guerra. Para ello, se tuvo que superar los problemas surgidos en los primeros momentos de la guerra.

Asimismo, en el curso de ese mismo período, el Partido afrontó problemas surgidos en la guerra: el aparecimiento de rasgos militaristas, la subestimación del trabajo político, la confusa relación entre Partido y ejército guerrillero, el localismo, la sustitución de los jefes naturales por cuadros preparados en el exterior en tácticas de la guerra regular, el conservadurismo en el comportamiento combativo, la ausencia de planes para darle continuidad al combate, la cuestión de la unidad en las condiciones de la guerra -la cual atravesaba por su momento más critico-, que se mantuvo sólo sobre la base de la voluntad de no romperla y sin que funcionara la conducción estratégica, es decir, la Comandancia General.

La necesaria superación de aquellas limitaciones, sin la cual no hubiera sido posible adecuar al Partido a las condiciones de la guerra, significó la pérdida de varios cuadros de dirección, de jefes militares, muchos militantes del partido y combatientes de las FAL.

Por supuesto, que la mayoría de esos problemas eran comunes a todas las organizaciones del FMLN y no sólo al PCS. Fue hasta después de la campaña militar de marzo de 1982, que se abordaron en profundidad esa gama de problemas. El balance objetivo de esa campaña le permitió al FMLN percibir que las elecciones le habían traído más inestabilidad política a la dictadura y que ésta no se hallaba en condiciones de darle continuidad a sus planes militares: que la experiencia le había traído al FMLN grandes avances militares que lo colocaban en condiciones de pasar a una fase superior de la guerra, cuyo alargamiento objetivo, a causa del decidido involucramiento de los norteamericanos a favor del ejército, empezó a ser asimilado en el pensamiento del FMLN.

La orientación de "resistir, desarrollarnos y avanzar", que desde enero de 1981 venía aplicando cada organización del FMLN por separado, sin coordinación estratégica, cada quien librando su "propia" guerra, había dado sus frutos. De la defensa de nuestros territorios, y de nuestras fuerzas, que eran, a la vez, bases de asen-

tamiento de las fuerzas guerrilleras, zonas de control, bases de apoyo y teatros de operaciones, habíamos pasado a diferenciar claramente los Frentes de guerra, los teatros de operaciones y las bases guerrilleras. Es decir, de la "resistencia" a los grandes operativos del ejército, a fin de preservar las fuerzas y los territorios recién conquistados, habíamos pasado a su desarrollo y estábamos en condiciones de plantearnos avanzar hacia una fase superior de la guerra, en busca del rompimiento del equilibrio de fuerzas.

Había que realizar un reacomodo. La guerra era un fenómeno integral: político, militar, económico, social y diplomático internacional; el Partido dirigía de manera total, absoluta y directamente, a las FAL. Por la guerra, el Partido se encontraba estructurado en tres agrupamientos: el de los frentes, el de las ciudades y el del exterior, cada cual cumpliendo sus respectivas misiones complementarias y con sus propias especificidades. La decisión de que cuadros militares viajaran al exterior y que cuadros del trabajo internacional viajaran a los frentes, contribuyó a la comprensión de la importancia mutua del trabajo que cada área de lucha tenía. Se establecieron los principios fundamentales de conducción de la guerra; se adoptaron criterios para la construcción del Partido en las FAL; se trazaron las orientaciones para la realización del viraje táctico basado en la concentración de fuerzas.

La Militancia del Partido y la Guerra Popular Revolucionaria (GPR)

A lo largo de la guerra popular revolucionaria, el papel de la militancia del partido fue muy destacado y, en general, supo ponerse a la altura de las necesidades que la lucha le demandó en los diferentes momentos de la misma.

Teniendo como eje central la lucha armada, todos los agrupamientos partidarios hicieron esfuerzos por cumplir las tareas

asignadas en sus respectivas áreas de lucha, desafiando la represión y el terror implantado por la dictadura.

Sin embargo, hubo, en momentos de transición de una forma de lucha a otra o de la puesta en práctica de cambios de modalidades tácticas, que compañeros de diferentes niveles de la estructura del partido no lograron asimilarlos, quedándose afuera de la organización, temporal o definitivamente.

En un esfuerzo por responder a los desafíos de la lucha, el Comité Central realizó cambios en su composición orgánica incorporando a éste a aquellos compañeros más destacados en el trabajo revolucionario y separando a los que, producto del desgaste político y moral impuesto por la guerra, ya no estaban a la altura de sus responsabilidades o habían desistido de continuar por otras circunstancias.

Así, en 1983, se cooptó a varios cuadros, principalmente del área militar, medida que vino a darle mayor eficiencia a la conducción del Partido. Otros cambios en el Comité Central fueron realizados en su Cuarto Pleno efectuado en Morazán en 1984. En 1986, se puso en marcha un proceso de autoevaluación de toda la dirección del Partido, introduciéndose modificaciones sustanciales en el Comité Central y en la Comisión Política. Luego esta evaluación fue extendida a toda la membresía del Partido, tanto del interior como del exterior del país.

Finalmente, se efectuó una ampliación del CC en 1990, con la incorporación plena de varios compañeros que se habían destacado a lo largo de los últimos años en distintas áreas de la lucha social, de la lucha política o al frente del trabajo institucional.

La Etapa del Equilibrio Militar Estratégico

Aunque en el FMLN no se disponía de una concepción unificada y plenamente desarrollada de la guerra, a partir de junio de 1982, con

el aniquilamiento de una unidad del Batallón "Ramón Belloso", recién llegado de Estados Unidos, en El Moscardón, Morazán, por fuerzas del ERP, el FMLN emprendió aquel gran esfuerzo estratégico que lo llevó a tomar la iniciativa y mantenerla hasta principios de 1984.

Desde entonces, hasta finales de 1983, la característica principal es que el FMLN tomó la iniciativa en el terreno militar, comenzando con el desalojo de pequeñas posiciones fijas del enemigo en la parte norte del país, hasta culminar con el asalto y ataque a posiciones estratégicas, como el asalto al cuartel de la Cuarta Brigada en El Paraíso, Chalatenango y el ataque al puente Cuscatlán sobre el río Lempa.

Los norteamericanos aceleraban sus esfuerzos para que el ejército asimilara y asumiera la estrategia y tácticas de la guerra contrainsurgente de baja intensidad. Con ese propósito, el ejército lanzó la campaña contra las fuerzas del FMLN acampadas en la zona paracentral, llamada "Bienestar para San Vicente", buscando desalojarlas, aislarlas en la parte norte del país y buscar, así, una victoria militar sobre ellas.

En este marco, se realizó la primera reunión de la Comandancia General en Morazán a fines de 1983, como un esfuerzo de asumir el mando de toda la guerra desde el frente.

Esa idea estratégica de los norteamericanos fue derrotada y el ejército fue llevado a una situación de colapso, que no llegó a producirse debido, en lo fundamental, al respaldo norteamericano. Este respaldo aparecía muy claramente como el factor determinante del alargamiento de la guerra y se reafirmó con la victoria electoral del Presidente Reagan para un segundo mandato.

Hay que señalar, que en ese momento estuvimos cerca de definir el problema del poder por vía predominantemente militar. El otro momento correspondió a la ofensiva de noviembre de 1989. A este momento correspondió el segundo planteamiento programático de poder, formulado por el FMLN y el FDR al país en febrero de 1984,

bajo la forma de propuesta de un Gobierno de Amplia Participación, (GAP), más flexible en cuanto a la manera de enfocar el problema del poder.

El FMLN había logrado quebrar del todo el viejo esquema defensivo de la Fuerza Armada, diseñado en función de la protección de territorios y de los intereses económicos de la oligarquía. En cierto modo, esa situación aflictiva a la que fue arrastrado el ejército, le permitió a los norteamericanos, que se encontraban peleando en ese momento por meterles en la cabeza a los militares el esquema de contrainsurgencia, imponer su estrategia de "baja intensidad" y tomar totalmente en sus manos la conducción de la guerra.

En diciembre de 1983 se produjo el cambio de jefatura en el ejército, acorde con la estrategia de la Guerra de Baja Intensidad (GBI). Mientras los norteamericanos consumaban el viraje de la Fuerza Armada hacia la GBI, el FMLN seguía sin modificar su táctica de la concentración, creyendo que las grandes unidades militares nos iban a dar la victoria.

Los norteamericanos completaron su viraje con el triunfo electoral de José Napoleón Duarte, en 1984, que estaba supuesto a darle la cobertura política y el financiamiento a la GBI y asegurar la victoria sobre el FMLN. La verdad era que sus nuevos esquemas surgían del fracaso. Estratégicamente, su ataque era defensa.

La nueva situación llevó al Comité Central a realizar su Cuarto Pleno, en marzo-abril de 1984, para abordar la problemática relacionada con el nuevo viraje. Se pasó revista a la concepción integral de la GPR; se realizó el necesario balance de aciertos y deficiencias del período anterior; se resolvió organizar a las FAL en estructuras jerarquizadas y se otorgaron grados militares, se reafirmó continuar con la táctica de la concentración, a pesar de que la vida exigía una readecuación hacia la irregularización de las tácticas.

El Comité Central fue reforzado con cuadros nuevos forjados en la guerra y se repusieron aquellos miembros suyos caídos en com-

bate o por la represión; se trazaron orientaciones para el trabajo de los tres agrupamientos del Partido de conformidad con sus características propias y se definieron los respectivos núcleos del CC para la conducción correspondiente; se afianzó el principio de que el Partido conduce a su fuerza armada; se desplazaron cuadros del Frente de guerra al Frente de masas a trabajar para acelerar el nuevo flujo iniciado hacia finales de 1983.

En suma, el Partido volvía a sufrir un nuevo reajuste de sus estructuras, en su pensamiento, su línea y en su estrategia y táctica para enfrentar los nuevos desafíos.

Habíamos agotado otra fase de la guerra revolucionaria y, sin embargo, ésta no se oficializaba o formalizaba del todo en el FMLN, asunto que no se dio sino hasta en el segundo semestre de 1984 y que se consolidó como vía hasta en mayo de 1985, cuando la Comandancia General (CG), en su segunda y tercera reuniones en el frente, elaboró la apreciación estratégica del período, definió la estrategia y las distintas líneas a seguir, rescatando, así, el carácter integral de la guerra, superando el enfoque puramente militar al que, de hecho, se había reducido durante largo período.

Las reuniones de la CG de mayo-junio del 1985, unificaron el pensamiento respecto a la concepción de la guerra y resto de aspectos fundamentales de la revolución, como la estrategia, la política de diálogo y negociación y la línea política en general, incluyendo la línea de desarrollo de la unidad con vistas a la formación del partido unificado de la revolución, y trajo la necesaria estabilidad de la conducción estratégica y de sus equipos de apoyo.

Es importante consignar que fue hasta 1985 en que se asumió la concepción de guerra revolucionaria en su sentido integral. Problemas surgidos antes de 1985, como, por ejemplo, el brote de militarismo en todo el FMLN, tenían que ver con que no se había asimilado correctamente el carácter integral y, sobre todo, popular de la guerra, pues se reducía sólo a su aspecto militar.

Pese a todo lo positivo y los logros estratégicos que nos proporcionó la táctica de la concentración, la regularización de la guerra a la que ello nos condujo, precisamente cuando el enemigo estaba irregularizando la suya, nos hizo cometer atropellos contra el pueblo. Cortamos el cordón umbilical con éste y nos llevó, durante algunos meses, a los reclutamientos forzosos, (acordados por el CC bajo el nombre de "reclutamiento patriótico") para reponer, a lo sumo, las bajas, pues no podíamos aspirar al crecimiento constante que esa tendencia nos imponía, ya que habíamos roto con la fuente natural del crecimiento, es decir, la relación profunda con el pueblo.

Los acuerdos de mayo-junio de 1985, rectificaron las desviaciones, corrigieron errores y reencarrilaron la lucha, dándole el carácter integral. Había que dar un nuevo viraje, volver a la lucha guerrillera propiamente, transformar a cada combatiente en un cuadro político-militar.

Esa reunión de la Comandancia General exigió del Partido un ajuste interno a fin de colocarlo en condiciones de responder, con aportes concretos, en todos los terrenos de la nueva estrategia, de la unidad misma, que el alargamiento de la guerra nos planteaba. Con este propósito, el Comité Central se avocó a realizar una evaluación a fondo en correspondencia con las conclusiones de la CG, tomando todas las medidas necesarias para superar aquellas deficiencias.

III.- ACIERTOS Y DIFICULTADES EN LA CONCENTRACION Y DESCONCENTRACION DE NUESTRAS FUERZAS MILITARES

La Idea de Concentración

La táctica de la concentración estaba fundamentada en la idea de que habíamos logrado un nivel de dispersión en el enemigo, lo que nos daba la oportunidad de concentrar nuestras mejores fuerzas y armas y conseguir una correlación favorable para descargar golpes contundentes que nos permitieran ampliar y profundizar las zonas de retaguardia.

Nuestra concentración la iniciamos en la zona de Guazapa en Octubre de 1982, con fuerzas de Jucuarán, San Vicente y Guazapa. Formamos así el Batallón "Rafael Aguiñada Carranza" (BRAC) y unidades de tropas especiales, con las cuales comenzamos a operar en conjunto con otras organizaciones del FMLN, en teatros de operación al Norte y Sur de Guazapa y en el propio cerro.

Podemos decir, que 1983 fue el año de consolidación y desarrollo de las FAL, proporcionando una importante contribución a la GPR junto al resto de organizaciones del FMLN, de cuya experiencia aprendimos. Tomamos la iniciativa durante todo ese período de la guerra a pesar de los golpes recibidos, como el desbaratamiento de nuestras redes de logística y de personal que sufrimos en ese año.

Las concentraciones de fuerzas nos habían producido resultados estratégicos positivos, pero también nos producían un desgate acumulativo que no podíamos compensar y, por tanto, estratégicamente negativo a mediano plazo. Nuestras concentraciones le ofrecían al enemigo blancos relativamente fáciles de golpear, en particular para sus fuerzas y medios aéreos recién adquiridos por las FAES, con el propósito de revertir la correlación estratégica lograda por el FMLN hasta ese momento.

El FMLN en su conjunto, y cada organización en particular, se vio en la necesidad de abordar esta nueva problemática. El Cuarto Pleno del Comité Central de nuestro Partido, ya varias veces mencionado, aprobó la línea de "reclutamiento patriótico" como vía para reponer el desgaste acumulativo. Sin embargo, la vida demostró la profunda debilidad política y lo erróneo de esta línea, que no sólo no resolvía de manera permanente el problema planteado, sino que lo agravaba. Su rectificación era, por lo tanto, necesaria, la cual se realizó en junio de ese mismo año, cuando la CG del FMLN decidió el viraje de la concentración de fuerzas a la desconcentración.

La Desconcentración

El pasar a la desconcentración de fuerzas tenía como propósito: romper el nuevo esquema estratégico militar del enemigo basado ya en la guerra de baja intensidad, extender nuestra presencia militar en nuevos teatros de operaciones, reabrir el crecimiento político y natural de nuestras fuerzas basado en la voluntaria y consecuente incorporación de las bases populares, presionar la concentración estratégica de las fuerzas enemigas en particular de sus tropas operacionales y, así, facilitar su desgaste en profundidad.

Esta orientación provocó no pocos problemas en nuestros cuadros militares y combatientes en general. Los combatientes, acostumbrados a combatir junto a grandes unidades guerrilleras y sin

tener conocimiento de la táctica de combate en pequeñas unidades ni la preparación técnica, fueron sometidos a una enorme presión de parte del enemigo, provocándoles desgaste físico y moral. En este momento, el enemigo empezó a aplicar la guerra de inteligencia y nuestras unidades, fuera de sus teatros, de su retaguardia, debilitadas física y moralmente, fueron presa de las unidades y redes de inteligencia enemigas, creadas en la periferia de la retaguardia y en las mismas zonas de expansión de nuestras fuerzas, en particular de las que fueron trasladadas hacia las zonas de San Vicente, en donde el enemigo pudo desarrollar con más eficacia esa línea.

En otro frente, Jucuarán, nuestras fuerzas estaban acostumbradas a combatir en pequeñas unidades y el viraje se realizó sin muchas dificultades. En Chalatenango, la propia naturaleza de las fuerzas en instrucción facilitó el manejo de la nueva táctica. En cuanto a Guazapa, donde se encontraba la mayor parte de nuestras fuerzas, el viraje fue más lento pues se necesitó el poner en movimiento varios pasos preparatorios para la aplicación de la nueva táctica. Tuvimos que hacer escuela para el uso del explosivo en la preparación de las fuerzas nuevas, todo esto en base a un plan estratégico para el frente, en el que se establecían los objetivos y las direcciones principales de acción, expansión y avance del mismo.

Determinamos como nuestra dirección principal la Zona Especial y definimos esta zona como el área metropolitana, más los municipios de Nejapa, Aguilares, Tonacatepeque, Santa Tecla y Colón.

Los Resultados de ese Viraje

a)Mejoramiento de nuestra capacidad combativa en cuanto a eficacia de la misma y cualificación de nuestras fuerzas.

b)Consolidación de nuestra retaguardia.

c)Ampliación de los teatros de operación.

d)Contacto permanente con la población.

e)Desgaste en profundidad de la columna vertebral del dispositivo enemigo.

f)Creatividad en la elaboración y uso múltiple del armamento popular.

g)Pequeñas unidades móviles y altamente operativas que golpearon certeramente a las unidades especiales del enemigo.

El gran esfuerzo realizado rindió sus frutos. Cada combatiente ganó confianza. El sur de Guazapa se convirtió, a finales de 1985, en un lugar temido por todas las fuerzas enemigas y continuó siendo una flecha clavada en el corazón del enemigo.

El esfuerzo por realizar este viraje, permitió, en septiembre de 1985, y como respuesta a golpes recibidos con la captura de compañeros de la dirección (Hugo, Octavio y otros), realizar la complicada operación de rescate de más de 30 cuadros del FMLN, prisioneros en las cárceles de la dictadura y la salida de lisiados de guerra a curarse en países amigos a cambio de la hija del Presidente, Inés Duarte.

En esta operación, realizamos una armoniosa cooperación de fuerzas de la ciudad de la periferia de San Salvador, de los comandos urbanos, de la milicia, de las tropas especiales y de las columnas guerrilleras de Guazapa, y experimentamos una de las más complejas negociaciones que contaron con la cooperación de diplomáticos y de la Iglesia.

Así se inició el complicado viraje hacia la táctica de las pequeñas unidades, a la táctica de combinar con acierto la desconcentración y la concentración, como línea principal para quebrar la columna vertebral de la estrategia militar de la GBI, de las llamadas "tropas sin cuartel", integradas por Batallones de Infantería de Reacción Inmediata, (BIRI), y las tropas regionales.

El Enemigo Requería un Nuevo Plan, Nosotros Derrotarlo

Como suele ocurrir, entre el agotamiento del anterior período y la entrada al de la guerra, se abre una fase de transicion, de reajustes y reacomodos, es decir, de viraje a la nueva situación.

El anterior período se agotó, en lo fundamental, hacia finales de 1985, cuando el enemigo ya no podía aspirar a tomar la iniciativa con el plan de contrainsurgencia, cuyos objetivos estratégicos en lo político, en lo social y lo militar habían fracasado, y surgió entre el gobierno de Duarte, los militares y los norteamericanos, la discusión acerca de la necesidad de una nueva estrategia y un nuevo plan. Todo esto en medio de una profunda división en las Fuerzas Armadas, entre los sectores que estaban a favor de la guerra total y los que estaban con la estrategia de Guerra de Baja Intensidad diseñada por los norteamericanos.

El estancamiento del diálogo entre el gobierno y el FMLN-FDR, el aparecimiento de eventos políticos para promover un diálogo nacional con vistas a una solución negociada de la guerra, eventos en los que, invariablemente, se tomaba en cuenta al FMLN, algunos de ellos propiciados por partidos políticos de oposición; la sucesión de acciones huelguísticas, en particular de los trabajadores estatales; las controversias entre la Administración Reagan y José Napoleón Duarte en torno al caso de la hija de éste, Inés Duarte, y el distanciamiento que produjera entre Duarte y el Alto Mando e importantes agrupamientos de la oficialidad (como el grupo encabezado por el Coronel Ochoa Pérez en Chalatenango), que exigía la desobediencia al gobierno de Duarte por priorizar asuntos personales en contraposición con los estatales, según sus propias declaraciones, todo esto son solamente algunos hechos políticos y sociales ocurridos durante 1985 que indicaban claramente el agotamiento del plan contrainsurgente.

En su apreciación estratégica de junio de 1984, la Comandancia General había sacado la conclusión de que desde finales de 1983 el movimiento social había entrado en nuevo flujo y que, por tanto, el país marchaba hacia un nuevo momento de crisis nacional. La multiplicación de las protestas en las calles, las manifestaciones y concentraciones políticas, la sucesión de huelgas y paros que se produjeron a lo largo de 1985 y la ruptura de la Unidad Popular Democrática de su compromiso con el gobierno de Duarte confirmaban esta apreciación.

Conforme a esta apreciación, se tomó la decisión de desplazar cuadros de los frentes de guerra hacia la ciudad a trabajar en el movimiento de masas, a fin de acelerar ese ascenso del movimiento social, esfuerzo que culminó con la creación, en febrero de 1986, de la Unidad de los Trabajadores Salvadoreños, UNTS. El mérito de la fundación de la UNTS correspondía a los cuadros y militantes del FMLN y cuadros y activistas gremiales, hombres y mujeres, que venciendo la represión de la dictadura habían logrado consolidar un amplio movimiento socvial que hizo posible la UNTS.

El lanzamiento de la Operación Fénix, componente militar del Plan Unidos para Reconstruir (UPR), el 9 de enero de 1986, sobre posiciones del FMLN en Guazapa, como esfuerzo principal, y acompañado de esfuerzos secundarios sobre posiciones guerrilleras en Chalatenango y Morazán, buscaba interferir el ascenso del movimiento social, aislando la conducción del FMLN en Guazapa, de la conducción establecida en la capital. El papel desempeñado principalmente por las FAL en la frustración de este cálculo del enemigo, fue de especial importancia para darle continuidad a la conducción de la lucha del movimiento social.

Durante ese mismo período, mantuvimos esfuerzos en Jucuarán por desarrollar las fuerzas y defender la retaguardia, también asediada desde dentro por el enemigo. Paso a paso, logramos reducir la agresividad de la fuerza enemiga hasta inmovilizarla y,

luego, pasamos al ataque de sus abastecimientos y relevos, logrando derrotar totalmente su plan. Pese a ello y al desarrollo del trabajo de expansión, no se desarrollaba suficientemente la fuerza militar.

En Occidente, desde finales del 84, en el marco dela desconcentración de fuerzas y por decisión unitaria, junto con otras fuerzas, intentamos desarrollar por tercera vez un esfuerzo político-militar, aferrándonos al terreno y estableciendo relación con el Partido en la ciudad.

Nuestros esfuerzos, que dieron importantes frutos militares iniciales, pronto enfrentaron la represión en las ciudad y en el campo al punto de debilitarnos. A ello se sumaron las dificultades para mantener un flujo logístico sostenido que correspondiera a las posibilidades de crecimiento en esta zona. Esto coincidió con un replanteamiento de estrategias que priorizaban los esfuerzos en la zona especial.

En su momento, nuestro esfuerzo, junto con a otras fuerzas del FMLN, contribuyó a que la guerra se extendiera a los 14 departamentos del país, acosando la principal retaguardia política, económica y humana de las FAES, fijando a importantes fuerzas enemigas al terreno, a través de acciones guerrilleras de desgaste, sabotaje y propaganda armada.

A principios del 88, se tomó la decisión de trasladar el agrupamiento de las FAL de occidente a Guazapa.

IV.- LA DERROTA DE LA OPERACION FENIX EN GUAZAPA

La experiencia combativa adquirida en 1985, ayudó a enfrentar con éxito la "Operación Fénix", que duró 18 meses sobre nuestras posiciones y que nos exigió gran concentración de esfuerzos para luchar contra el enemigo dentro de nuestra retaguardia.

Aún con la "Fénix" en marcha, Guazapa siguió siendo la retaguardia de la lucha urbana. En Guazapa y su periferia se asentó la conducción para la reactivación del movimiento de masas, mientras que en el frente se libraba una dura batalla por defender y preservar la fuerza y los territorios al costo de un enorme desgaste humano.

La derrota de la "Operación Fénix", se produjo en tres fases. La primera fase estuvo caracterizada por un gran desgaste de nuestra parte ocasionado por los continuos enfrentamientos; la segunda, por la neutralización y la inmovilidad de las tropas enemigas, debido al uso masivo de los campos minados; y la tercera, fue de ataque, de aniquilamiento de efectivos en las posiciones que habían logrado asentarse en nuestra retaguardia. El retorno a Guazapa de las fuerzas especiales que habían sido trasladadas a Chalatenango, contribuyó a esa derrota.

Durante la "Operación Fénix" nuestro asentamiento en Chalatenango cumplió un papel clave como retaguardia, como fuente de incorporación de nuevos combatientes y como escuela de preparación militar. En los momentos más difíciles del operativo,

nuestras estructuras más pesadas pudieron trasladarse hacia ese frente.

Cambios operados por el mando en nuestras estructuras logísticas, tanto en personal como en métodos operativos, se traducen en una mayor correspondencia entre la necesidad de material logístico y el esfuerzo de la estructura, la cual dio una importante cuota a la derrota de la "Operación Fénix".

Los militares le encaraban a los empresarios su no involucramiento en la guerra, que ésta no se ganaba porque no contaba con una retaguardia económica sólida que le diera estabilidad al país, tal como ocurría en Guatemala en donde la empresa privada le proporcionaba a la guerra esa retaguardia económica sólida y profunda, sin necesidad de acudir al apoyo extranjero.

A los políticos les encaraban haber fallado en la tarea de formar un frente empresarial y laboral en apoyo de la guerra contrainsurgente. Hasta a los diplomáticos los presionaron a formar un frente internacional con el mismo propósito. Y ellos -el Alto Mando-, conduciendo todo ese gran esfuerzo.

Esa decisión de los militares fue, desde su concepción, un grave error, que terminaría en fracaso, debido a que los militares se arrogaban funciones que les correspondían a los políticos y al Estado como tal. Dicho de otra manera, el vacío de conducción estratégica producido por el agotamiento del anterior plan contrainsurgente, en lugar de llenarlo, como eran sus intenciones, los militares lo profundizaron.

Era esa una decisión que revelaba que el plan encabezado por José Napoleón Duarte, hacia finales de 1986, se había agotado.

La previsión hecha por la Comandancia General en mayo-junio de 1985, de que marchábamos hacia una nueva crisis nacional y hacia la etapa final de la guerra, se estaba confirmando. Tarea de la estrategia era acelerar la maduración de ambos procesos, hacerlos coincidir en el tiempo e integrarlos en función de resolver el problema

del poder.

En estas condiciones, el FMLN y el FDR hicieron pública una nueva plataforma programática que se conoció como Iniciativa Política de los Seis Puntos, cuya esencia era actualizar y flexibilizar la forma de enfocar el programa de la revolución. Los éxitos estratégicos resultantes del viraje acordado en 1985, afianzaron el proceso unitario y crearon condiciones para pasar a preparar, en todos los terrenos, lo que llamamos la Contraofensiva Estratégica, (COE).

V.- PREPARACION DE LA CONTRAOFENSIVA ESTRATEGICA (COE)

En 1987, se organizó la conducción de la zona especial abarcando los territorios comprendidos por la zona metropolitana, su periferia y Guazapa, en un intento por cohesionar, centralizar y aprovechar al máximo nuestros recursos.

Derrotada la "Operación Fénix", Guazapa recobra en 1988 su papel de eje y motor de nuestro desarrollo. Se pasó a un esfuerzo de instrucción de una nueva generación de milicia urbana aprovechando al máximo nuestro potencial acumulado.

De la zona metropolitana, la periferia y Chalatenango, se trasladaron nuevos contingentes de combatientes. Así, la concentración de Guazapa creció y se desarrolló. Los frutos del esfuerzo logístico permitieron hacer uso de nuevas armas combinando la tecnología y el armamento popular, a la vez que multiplicamos el uso de los campos minados, con el cual le ocasionamos al enemigo un tremendo desgaste.

Otra modalidad operativa del enemigo fue puesta en marcha, y consistía en realizar incursiones hacia la profundidad de nuestra zonas y en hacer uso más intensivo de la aviación y la artillería. Sin embargo, esta táctica nos permitió aumentar el desgaste de la fuerza enemiga, pues cada incursión que hacían ellos era aprovechada por

nuestras fuerzas para ensayar nuevas armas, nuevas tácticas y foguear a la fuerza nueva.

La estabilidad alcanzada en Guazapa hizo posible nuestro apoyo activo a la realización de una sucesión de operaciones importantes y estratégicas: en la capital, contra posiciones enemigas tales como la Guardia Nacional, Estado Mayor, Fuerza Aérea, Cuartel de Artillería en Opico, Cuartel de la Policía de Hacienda, Cuartel del Batallón Belloso y la ejecución de centenares de operaciones de propaganda armada y emboscadas en todas las vías de acceso a la capital y su periferia. Cada una requería de altos niveles de incorporación de base social, de organización en el momento de su ejecución.

Ese período abarcó 1987 y parte de 1988, hasta después de las elecciones para diputados y alcaldes en marzo de 1988, que fueron ganadas por ARENA.

El triunfo electoral de ARENA significaba el fracaso del esquema de guerra de baja intensidad y puso más en claro la necesidad de acelerar los preparativos para el desenlace de la guerra. Pese al abismo ideológico entre FMLN y ARENA, se puso de manifiesto que el desenlace, en el caso de que éste fuese negociado, se haría con el gobierno de ARENA. Había que comprenderlo y prepararlo.

Con el ataque a la central hidroeléctrica "Cinco de Noviembre", en septiembre de 1988 por parte de las FPL, seguido de ataques de las FAL al cuartel central de la Guardia Nacional, al del Estado Mayor y la Fuerza Aérea y el aparecimiento de la guerra urbana como proceso continuo, entramos de lleno a ese período en todo el Frente Central "Modesto Ramírez".

El Esfuerzo Político Opositor y las Elecciones

Mientras tanto, se aproximaban las elecciones presidenciales de marzo de 1989 y de nuevo se le presentaba al FMLN el reto político

de definir su posición frente a ellas. Al analizar la conducta política del FMLN a lo largo de la guerra, era evidente que la lucha política, propiamente tal, estuvo ausente a pesar de las distintas iniciativas de paz presentadas, y resultaba igualmente evidente que gran parte de los errores más graves se habían cometido a la hora de fijar posición sobre las elecciones.

Esos fueron los momentos en que más confrontados y aislados estuvimos del resto de fuerzas políticas. Esos momentos fueron mejor aprovechados políticamente por el enemigo en contra nuestra.

Los partidos del FDR, el Movimiento Popular Social Cristiano (MPSC) y el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR), tomaron la decisión de reactivar con su presencia el esfuerzo político opositor a fines de 1987. Las organizaciones del movimiento social salieron a su encuentro comprendiendo que se iniciaba una nueva etapa política.

El Partido Social Democráta (PSD) el MPSC y MNR construyeron una alianza político-electoral que priorizaba el apoyo a la solución negociada del conflicto. Así surgió la Convergencia Democrática (CD).

El PCS, en ese marco, propició las interiorización del Movimiento de Profesionales y Técnicos (MIPTES) y la Unión Democrática Nacionalista (UDN), en 1988, destacando a un grupo de sus miembros y logrando adhesión de otros compañeros en el interior. Ganar presencia en el debate político en beneficio de la negociación, tal era la misión fundamental.

A esas alturas, era evidente que las elecciones habían dejado de ser fuente de estabilidad del proyecto contrainsurgente, se habían transformado en factor de su desestabilizacion y dejado de ser el instrumento principal del mismo.

En enero de 1989, el FMLN propuso transformar las elecciones en un instrumento para la paz, postergarlas por seis meses -de marzo a septiembre de 1989-, a cambio de lo cual el FMLN aceptaría sus resultados y reconocería a la FAES como única y legítima institución

militar del país a condición de que se autodepurara su cuerpo de oficiales.

El rechazo de tal propuesta, confirmó que el gobierno y las fuerzas de poder persistían en la guerra.

A esa fecha se remonta la conformación de la Interpartidaria y el distanciamiento entre políticos y militares. Estos últimos se vieron en la necesidad de enfrentar e incluso de amenazar con golpe de Estado al Gobierno, si aceptaba la propuesta.

Dentro de ARENA se empezó a producir la diferenciación entre los llamados "moderados" y los que se pronunciaban por una "guerra total de rápida definición", que cuestionaba a la GBI.

El triunfo electoral de ARENA acentuó esta diferenciación, que se veía estimulada por la sucesión de operaciones militares urbanas, subregionales, regionales y nacionales, cada vez de mayor envergadura, desplegadas por el FMLN.

A principios de 1989, el enemigo inició un nuevo esfuerzo sobre Guazapa, primero con el BIRI Belloso y, luego, lo continuó con el BIRI Atlacatl, manteniéndolo durante 90 días, acompañado de batallones de la 1ª Brigada de Infantería y del Destacamento Militar Nº5 (DM5). Esta operación fue muy parecida a la "Operación Fénix". La experiencia acumulada, el desarrollo de la fuerza, su elevado estado moral y el buen apertrechamiento logístico, permitió derrotar rápidamente ese nuevo esfuerzo enemigo.

Durante este año, Chalatenango se destacó por su contribución continua de nuevos combatientes, pues había un buen nivel de reclutamiento. Aparte del funcionamiento satisfactorio de la escuela, se había consolidado el destacamento "Capitán Ileana" y los combatientes recibían instrucción a la vez que se fogueaban en el terreno.

Jucuarán, pese a contar con extendida base social, se mantenía en las mismas condiciones militares de no crecimiento, con el agravante de que en este período se produjo la caída en combate de

varios jefes, lo cual abría la posibilidad de debilitamiento de nuestro trabajo en la zona.

En 1989, en el terreno logístico, Guazapa, Chalatenango, Jucuarán y la Metropolitana, lograron establecer mecanismos para recibir directamente material logístico.

Buscando asegurar los preparativos de la ofensiva, más cuadros, de dirección provenientes de los frentes y del exterior, fueron destacados a la ciudad. Ellos junto a compañeros de la juventud lograron desarrollar nuevas fuerzas urbanas, las cuales comenzaron haciendo propaganda con brigadas especiales; luego, propaganda armada; y después, instrucción militar, emboscadas, ataques a radio patrullas y participación en las operaciones realizadas por la fuerza de Guazapa, hasta llegar a combatir junto a todas las unidades de las FAL en la ofensiva de noviembre de 1989.

Se hacían esfuerzos por orientar un sentido ofensivo a los compañeros del Partido en el movimiento popular, de articular la cooperación de distintos destacamentos y reconstruir la organización propiamente partidaria, que había sido sustituida por un concepto de fuerza. Guazapa se transformó en la retaguardia plena de la fuerza periférica y urbana, en plataforma operativa, en sitio de reuniones, en escuela de formación militar, en talleres, pues ahí fabricamos las partes más delicadas del armamento popular, se instruía a quienes los usaban, se planificaban las operaciones y se dirigía su ejecución.

Bajo este espíritu ofensivo, el Partido en el exterior realizaba esfuerzos de preparación política y técnica, estimulaba el ingreso de militantes al esfuerzo militar y el retorno de combatientes que estaban fuera del país por razones de salud. Con esta acumulación, entramos a la ofensiva de noviembre de 1989.

La Ofensiva de 1989

Durante la ofensiva, asumimos cuatro compromisos en la

dirección principal: Soyapango, en conjunto con la RN y el PRTC; en Apopa y Ciudad Delgado, solos como FAL; en San Marcos, en conjunto con las FPL y la RN. Además de los esfuerzos secundarios en Chalatenango, en Occidente, y el acompañamiento de nuestras milicias de Jucuarán al ERP en Usulután.

Cuando fue necesario modificar nuestro dispositivo en la dirección principal, partiendo hacia el volcán de San Salvador para participar en las operaciones sobre la Colonia Escalón y el Estado Mayor, ya contábamos con nueva fuerza. Ciudad Delgado en primer lugar, y Apopa, en segundo, dieron la mayor incorporación de combatientes a las nuevas unidades. El destacamento de trabajo político, que aquí desplazamos, jugó un excelente papel tras la línea de fuego. Fue tal la incorporación de nuevos combatientes, que nos vimos precisados a conseguir más armamento para cubrir aquella integración popular.

En San Marcos, pronto recibimos un revés debido, entre otras causas, a que las organizaciones hermanas desistieron, desde el inicio, de su participación en esta dirección. Fue un error de nuestra parte persistir en esas condiciones. Nuestros militantes y combatientes cumplieron, con audacia y valentía, las misiones encomendadas por nuestro Partido en noviembre y diciembre de 1989.

La presencia directa de la dirección política y militar de nuestro Partido y de las FAL en las propias líneas de fuego, fue decisiva para dar respuesta y corregir en el terreno las distintas dificultades que se presentaban, así como para reorientar los esfuerzos propios y de la unidad. El esfuerzo del PCS y sus Fuerzas Armadas de Liberación (FAL), fue importante: 63 muertos y 90 heridos a quienes hoy rendimos un sentido y especial homenaje, lo mismo que a todos los caídos durante la ofensiva y a las víctimas de las operaciones de castigo del enemigo.

Invaluable Aporte Internacionalista

Parte de esa cuota de sacrificio fue aportada por la vida de varios internacionalistas revolucionarios venidos de partidos comunistas y movimientos revolucionarios o de la solidaridad con nuestra lucha, de otros países, que se sumaron los caídos a lo largo de los doce años de guerra o víctimas de la represión. Abonaron con su sangre combatientes internacionalistas procedentes de Argentina, Chile, Venezuela, República Dominicana, Guatemala, Costa Rica, Perú, Dinamarca, Bélgica y de otros países. Muy destacada fue la contribución dada a la lucha por decenas de otros tantos internacionalistas que desde principios de los 80s se desplazaron de sus países de origen en apoyo directo a la causa de la revolución en nuestro país, poniendo sus servicios y conocimientos al servicio de las distintas áreas y niveles del enfrentamiento con el enemigo: en logística; en adiestramiento en tácticas militares; en el área de la salud; en prensa y propaganda; en capacitación técnica; en el análisis científico de distintos aspectos de la vida nacional y en varios otros más.

El trabajo desplegado por nuestros compañeros encargados de la línea internacional del Partido y el FMLN, tanto en materia de solidaridad como en lo político diplomático, contribuyó grandemente en la incorporación a nuestra lucha de combatientes, militantes e internacionalistas en general provenientes de la solidaridad. Su contribución fue asimismo grande y decisiva en materia de suministro de recursos sobre todo financieros para suplir las crecientes necesidades de financiamiento particularmente de la guerra y por supuesto en materia de apoyo político diplomático a la lucha.

VI.- EL PCS EN EL DESENLACE NEGOCIADO DE LA GUERRA

Después del esfuerzo de la ofensiva y de retornar a nuestras bases, comenzó la ardua tarea de analizar, evaluar y explicar los resultados de la misma y de asimilar la fuerza nueva, defender nuestra retaguardia y prepararnos para la continuidad.

Aunque esos días de noviembre fueron los momentos en que más cerca estuvimos de resolver favorablemente el problema del poder, combinando ofensiva militar con acciones insurreccionales y ofensiva política, sobre todo internacional y diplomática. La ofensiva, como tal, no trajo el desenlace ni la definición de la guerra, pero al quedar plenamente derrotado la estrategia de la GBI y derrotada también la idea estratégica de una guerra total de rápida definición, se abrió paso a la negociación. Tal era el objetivo alternativo de la ofensiva y éste sí se cumplió a plenitud.

Demostrar la inviabilidad de la derrota militar; abrir la mesa de negociación y en ésta la participación de las Naciones Unidas; mantener y ensanchar los espacios políticos de la oposición interna, cosechar orgánicamente la simpatía ganada en la ofensiva, eran los requerimientos estratégicos que, posteriormente a la ofensiva, orientaron las decisiones, las nuevas direcciones y esfuerzos del Partido y sus FAL en los frentes, en las ciudades y en el exterior.

Sobre esta base, se rearticularon los mandos para las fuerzas urbanas, Guazapa, Occidente y Chalatenango, se estableció un grupo

de miembros del Comité Central en San Salvador; se amplió la participación de nuevos compañeros en los agrupamientos del Comité Central, y se destacó al Secretario General de nuestro Partido y al compañero Logan a los esfuerzos de elaboración de todo el proceso negociador.

En mayo, y posteriormente en noviembre de 1990, participamos en nuevas campañas militares y le dimos continuidad a nuestros esfuerzos, diezmando las fuerzas enemigas en sus desplazamientos y en el interior de San Salvador, incursionando en dos oportunidades a la Colonia Escalón y atacamos de nuevo la Fuerza Aérea, la RASA en Acajutla, el Aeropuerto de Comalapa, el Estado Mayor, y continuamos en la línea de la propaganda armada en las ciudades.

Un fenómeno que se destaca en este período es el desarrollo de una línea de crecimiento distinta, consistente en la incorporación temporal de combatientes de procedencia de la ciudad, con la que se abre un flujo permanente de gente que sube a la montaña, se instruye, combate y regresa a la ciudad.

En este período perdimos a dos valiosos compañeros de jefatura de las FAL. Se trata del comandante Alex y del Capitán Isidoro, quienes dieron una excelente contribución a la formación y desarrollo del espíritu combativo de nuestras fuerzas. Asimismo, perdimos a los compañeros María Elena Merino de Cuéllar y Amilcar Marroquín.

Durante el año 1991, el enemigo siguió intentando desalojarnos de Guazapa. Concentró un nuevo esfuerzo estratégico, después de nuestra campaña ofensiva de febrero y marzo, con el propósito de ocupar nuestra retaguardia.

La experiencia y la modalidad adquirida en los años anteriores, nos permitieron evitar que el enemigo paralizara nuestra operatividad. Nuestras unidades lograron infiltrar sus dispositivos y atacar sus unidades en el Cerro, en sus desplazamientos y, además, logramos realizar un exitoso ataque al penal de Mariona liberando a una gran cantidad de presos políticos, operación que ha sido considerada una

de las más grandes y exitosas del FMLN después de la ofensiva de 1989.

Pasada esta operación, el enemigo recrudeció sus esfuerzos sobre Guazapa y continuamos causándole gran desgaste. Así llegamos al final de 1991, y en los albores de la firma de los Acuerdos de Paz realizamos nuestras últimas operaciones en la Colonia Las Flores, en la cual cayó en combate el compañero capitán Samuel, otro de los jefes valiosos de las FAL en Guazapa.

En lo político, los esfuerzos estaban encaminados a concertar y aumentar la presión al gobierno en cada punto requerido en la mesa de negociaciones, a estructurar el Partido territorialmente en varios departamentos del país y contribuir a la movilización político-social por la paz negociada. En este escenario, se produce nuestra decisión de aprovechar el evento electoral de marzo de 1991 para extender nuestro trabajo político-organizativo a la mayor parte del país. Esta coyuntura nos permitió además foguear a numerosos militantes en las particularidades de la lucha electoral.

Se entró luego de lleno en el desenlace negociado de la guerra, proceso que se inició desde abril de 1990 hasta diciembre de 1991.

Uno de los méritos de mayor importancia política del FMLN, fue mantener en sus manos la iniciativa de la negociación, desde el momento mismo del despliegue de la guerra, propiamente tal, hasta su desenlace; y demostrar el carácter revolucionario de esa política, en las condiciones de nuestro país. No es casual que los Acuerdos de Paz tengan correspondencia con el programa de la revolución democrática, y se les haya reconocido por el Secretario General de las Naciones Unidas Boutros Boutros Ghali, como una "revolución negociada".

VII.- EL PCS EN LA POST-GUERRA

El desenlace negociado de la guerra y la aplicación de los acuerdos de paz, significaron una victoria política de alcances estratégicos para el FMLN y un gran paso de avance en el proceso de lucha por la Revolución Democrática.

La lucha revolucionaria, incluyendo la lucha por la aplicación consecuente de los acuerdos de paz, ha hecho posible que el país experimente profundas transformaciones democráticas como nunca antes en toda su historia republicana: acabó con el viejo modelo político de dominación de la también vieja dictadura militar; conquistó espacios creó condiciones favorables para que las personas puedan ejercer, en condiciones de libertad, sus derechos ciudadanos; ha surgido una nueva institucionalidad democrática, comenzando por las reformas democráticas a la Constitución Política de la República, y se ha iniciado un proceso de democratización y saneamiento del sistema electoral y, en general, del sistema político, abriendo posibilidades reales para la expresión del pluralismo político e ideológico en todos los órganos del poder estatal nacional y local.

En suma, se han creado condiciones para la instauración, por primera vez en la historia, de un nuevo modelo político democrático y para que el pueblo empiece a ejercer sus libertades y derechos democráticos, libre de la intimidación de la dictadura.

La entrada en vigor de los Acuerdos de Paz, ha significado para el Partido el reto de realizar un nuevo viraje histórico de gran com-

plejidad, por lo que se refiere a las formas de lucha, ahora en condiciones de legalidad. Por primera vez el PCS, en sus más de 60 años de existencia, goza de legalidad, aunque debemos exceptuar las pocas semanas de vida legal que tuvo después del golpe militar del 2 de diciembre de 1931 hasta la primera quincena de enero de 1932, cuando el Partido participó en las elecciones municipales que se transformaron en la chispa de la insurrección. Como en todo viraje, con la lucha por la aplicación de los acuerdos de paz, el PCS ha entrado en un período de readecuación de sus estructuras y de preparación de su membresía con vistas a las próximas batallas, principalmente políticas, con las que se librará la lucha por el desenlace del problema del poder.

En este marco, del paso a la legalidad, el Comité Central realizó un marcado esfuerzo por regularizar su funcionamiento, dándole continuidad a un proceso que ya se había iniciado aún en las precarias condiciones de la ilegalidad. Esta nueva dinámica, nos llevó a abordar, en un breve lapso de tiempo, asuntos de tanta importancia como la organización nacional del Partido, la política financiera, la estrategia y la táctica para la transición, la preparación de este VIII Congreso y otros más.

En este orden de cosas, el CC se ocupó de discutir y darle una salida a la problemática planteada alrededor de la UDN, teniendo como punto de referencia los propósitos iniciales que nos habíamos trazado con la participación de la misma en la lucha política legal y las radicales modificaciones que se estaban observando, a esas alturas, en el escenario político nacional como producto de los Acuerdos de Paz.

A finales del año 1988, la Dirección del Partido decidió restablecer el trabajo político de la UDN en el interior del país. La idea inicial era que la UDN desempeñara un trabajo de contactos, de relaciones políticas y de intercambios con diversos sectores de la sociedad, sin atribuirle a su trabajo mayores proyecciones or-

ganizativas. Se le encargó la tarea a un grupo de compañeros, incluidos dos miembros del Comité Central. Posteriormente otros compañeros fueron asignados para reforzar el apoyo a este esfuerzo.

Sin embargo, paso a paso, se hizo evidente que se estaban creando en el país las condiciones políticas para realizar un trabajo organizativo desplegado y se decidió pasar a esta nueva etapa. Es en este momento, cuando se decide la incorporación de militantes del PCS a las filas de la UDN, tal como habíamos hecho en años anteriores. Es también en este momento cuando empieza a perfilarse, en un grupo de compañeros, un pensamiento distinto al del PCS y una conducción del trabajo de la UDN también diferente a la del PCS. Era, sin duda, un pensamiento bastante definido, a tal grado que llegó a obstruir el funcionamiento del PCS en la UDN, en tanto que la diferenciación se acentuaba cada vez más.

En reiteradas ocasiones la dirección del PCS discutió con este grupo de compañeros la situación, poniendo énfasis en los problemas de la apreciación de la coyuntura de la conducción del trabajo de la UDN, la relación UDN-PCS y la visión estratégica del proceso. En todos estos puntos aparecían coincidencias y contradicciones, pero las segundas tenían más peso que las primeras llegando a establecerse una tendencia a su desarrollo.

En un esfuerzo por resolver la relación UDN-PCS la Comisión Política acordó, a mediados de 1990, la incorporación a la Dirección de la UDN de un nuevo grupo de compañeros, incluyendo a una miembro de la CP y a otros cuadros. La evolución de los acontecimientos relativos a la jornada electoral de inicios de 1991, requirió que otros miembros del CC, vinculados directamente a la organización partidaria del PCS, se incorporaran a la dirección de la UDN, lo que de parte del grupo inicial del UDN generó rechazo y mayores tensiones, actitudes que, en el fondo, expresaban la pretensión de supremacía de lo legal e institucional del UDN por sobre lo ilegal del PCS.

Así las cosas, en un Pleno del CC, realizado en Marzo de 1992, se resolvió dejar en libertad a este grupo para su total separación del PCS, reconociéndoles el derecho de continuar en la actividad política a través de un UDN orgánicamente desvinculado de nuestro Partido. Los términos de esta separación, que fueron convenidos, eran, entre otros, la libertad para los militantes de la UDN de continuar en ese partido o en el PCS, sin posibilidad de doble militancia. El PCS continuó, además, dando cierto apoyo financiero durante 3 meses a la UDN.

Esta experiencia es expresión de acontecimientos propios de todo proceso revolucionario, estimulados, en este caso, por turbulentos cambios en el contexto mundial y por una acentuada diferenciación en el pensamiento sobre las posibilidades de la revolución y el socialismo en nuestro país.

Durante los 13 meses transcurridos desde el inicio del cese del enfrentamiento armado, nuestro Partido se involucró de lleno en el aprovechamiento de los espacios abiertos por los Acuerdos de Paz. Los resultados de este esfuerzo, en el terreno organizativo, son hoy elocuentes. Tenemos ahora organización partidaria en 120 municipios del país, se han conformado ya las Directivas Departamentales en 11 de los 14 departamentos. Nuestra membresía ha crecido en más del 300% desde enero del 1992 hasta la fecha.

En el terreno de la consumación de los Acuerdos, el PCS ha brindado un aporte innegable que se traduce en la dedicación, casi total, muchas veces en detrimento de intereses partidarios específicos, de varios de sus cuadros de dirección a las tareas vinculadas al seguimiento pormenorizado y ejecución de los Acuerdos en las instancias creadas por éstos y en otras instancias propias del FMLN.

Por otra parte, el PCS ha asumido, con vigor y entusiasmo, las tareas planteadas para la legalización del FMLN, así como su despliegue organizativo y su presencia política en todo el territorio nacional. Para nosotros, la participación en el FMLN es una apuesta

seria y a fondo, y vamos a hacer todo lo que esté a nuestro alcance para fortalecer y enriquecer nuestro aporte.

El país ha entrado a una ruta de cambios que podrán culminar en transformaciones irreversibles a mediano plazo. Sin embargo, tenemos ante nosotros la enorme tarea de esclarecer al pueblo los alcances de lo conquistado y las dimensiones de las luchas que se avecinan. Para ello, es clave que eduquemos a la gente a superar el estado de miedo que aún subsiste en muchos sectores. Los grupos dentro de la derecha y las FAES que adversan las transformaciones, entienden bien lo vital que es para sus planes que el terror y el atemorizamiento permanezcan vigentes, y están desplegando acciones para lograr este objetivo.

Los avances logrados en el curso de los últimos meses, en materia de modernización y democratización del sistema político salvadoreño, son considerables. Se ha producido algunos logros en relación a la temática económico-social, en particular en lo referido al funcionamiento del Foro de Concertación, establecido en los Acuerdos de Paz para abordar esa temática y el inicio de la transferencia de tierras.

Sin embargo la resistencia al cumplimiento de acuerdos claves sigue manifestándose. La depuración de las Fuerzas Armadas de elementos violadores de los derechos humanos está inconclusa y debemos luchar porque se finalice cuanto antes. La presencia en la conducción de las FAES de un grupo de oficiales de alto rango, señalados por la Comisión Ad Hoc es una demostración clara de que la impunidad sigue reinando y que la autoridad civil es incapaz de imponer su control sobre el estamento militar.

En los próximos días, deberá ser presentado y publicado el informe de la Comisión de la Verdad. El conocimiento público de la verdad es una dura prueba para el proceso de paz. Pero aún de mayor importancia es el cumplimiento de las recomendaciones que el Informe contendrá. Se pondrá en el orden del día la demanda porque

los funcionarios, civiles y militares, mencionados en el Informe sean separados de inmediato de sus cargos en los aparatos del Estado. Similar significado tendrá la exigencia de que las personas que desde fuera dichos aparatos financiaron, dirigieron y ejecutaron horrendos crímenes contra el pueblo, sean desarmados. Estas medidas iniciales evitarían, en un primer momento, que los responsables tengan otra oportunidad para repetir sus actos.

La sola verdad no basta si no va acompañada de la justicia. Los señalamientos que efectúe la Comisión de la Verdad, pondrán a prueba a todo el sistema judicial de este país. La Fiscalía General de la República y los jueces, deberán tomar la iniciativa para investigar los hechos contenidos en el Informe de la Comisión, independientemente de que se presenten o no denuncias.

No es exagerado decir que esta es la prueba crucial de todo el proceso, que puede conducir o no a la real democratización de El Salvador, superando décadas de hegemonía de los militares en el Estado y en la sociedad civil. Las reformas constitucionales y legales no son ni pueden ser suficientes para lograr este propósito. Por ello, el Alto Mando de las FAES está realizando intentos desesperados por evitar que el Informe de la Comisión de la Verdad sea conocido y que sus recomendaciones se vean materializadas. En este esfuerzo es acompañado estrechamente por la dirigencia del partido ARENA, la cual es casi imposible que no resulte afectada por el Informe.

Existen otros acuerdos muy importantes que están siendo bloqueados por sectores del GOES y las FAES. En este orden, se ubica la creación y despliegue de la PNC. Los militares han hecho, y siguen haciendo, los más variados intentos de dominar desde adentro y desde afuera a este cuerpo policial nacido de los Acuerdos de Paz. El Gobierno, por su parte, se niega a entregar a la PNC el presupuesto, el equipo, las instalaciones, los medios de transportes y demás recursos para que ésta pueda demostrar su capacidad en el combate a la delincuencia y en la protección de los derechos de los ciudadanos.

Similares bloqueos se observan en el proceso de transferencia de tierras a ex-combatientes y campesinos sin tierra. La lentitud con que está caminando este acuerdo hace preveer que el mismo se mezclará pronto con la temática electoral, generando tensiones adicionales. En términos reales, no se ha concluido aún con la primera etapa del plan de transferencia de tierras y se alega falta de fondos por parte del GOES para asumir sus compromisos vinculados a la segunda y tercera etapas del plan. Otro elemento preocupante se ha agregado a la ya de por sí compleja situación: el inventario final efectuado por la Comisión Especial Agraria de COPAZ, arrojó una cifra de tenedores muy por encima de los 25 mil previstos en el plan original de transferencia de tierras. Cualquier pretensión de desalojo forzoso de ese excedente de tenedores sin duda originará graves enfrentamientos en el campo, con consecuencias aún no previsibles.

El problema de la reinserción, a mediano y largo plazos, de ex-combatientes y lisiados se está complejizando. Obstáculos deliberados interpone cada día el GOES, como parte de una política más que busca descohesionar y desmoralizar a nuestros compañeros ex-combatientes. Esta política combina las negativas al acceso de determinados programas económicos, mientras se abren alternativas que, a breve plazo, podrían llevar a anteriores mandos y combatientes a la mediatización e inactividad en el quehacer político. Nuestra línea, en ese sentido, es que la reinserción, además de los aspectos productivos y de sobrevivencia, debe garantizar a toda costa que el impresionante caudal político, ideológico, moral y organizativo de los ex-miembros de las FAL, atesorado en largos años de enfrentamiento constante con el enemigo, sea puesto hoy al servicio de las transformaciones aún pendientes y que tenga su continuidad en la lucha política en la cual ya hemos entrado.